

tencion deliberada, habia venido á deshonrar la casa de su amigo.

No por amor verdadero, porque el verdadero amor tiene sentimientos generosos que seducen aun á aquellos mismos que son víctimas, sino por especulacion.

Este era, sí, para quien no debia haber gracia, al que se deberia aplastar como á un reptil venenoso que se encuentra al paso.

Salido vencedor de aquella lucha moral que durante algunas horas estuvo sosteniendo, el conde de Puysaie reconoció que debia perdonar á Hortensia, y los sentimientos de ira, de rencor y venganza que hacia unos momentos antes sentia en su alma, fueron reemplazados por sentimientos de dulzura y de lástima.

Hacia un momento que hubiera deseado tenerla allí para ahogarla; y ahora deseaba tambien tenerla para decirle:

— ¡Os perdono!

Dominado por estas ideas, se sentó delante de su mesa de despacho, tomó una hoja de papel y escribió precipitadamente:

« Hortensia, querida esposa mia: Próximo á morir, y á morir por vos y por vuestra causa, siento una necesidad irresistible de escribiros estas líneas.

» ¿Las llegareis á recibir? lo ignoro, puesto que no conozco el lugar en donde os habeis refugiado. No importa: no quiero que se diga que he salido de este mundo sin haber escrito sobre esta misma página estas palabras: « Yo os perdono », y esta otra: « Perdonadme. »

» Teniais razon, querida mia, en lo que me deciais en la carta que me habeis dirigido desde vuestro *Refugio* misterioso. Los dos hemos sido culpables, y ambos hemos sido justamente castigados el uno por el otro. Hoy dia ya no siento odio en mi corazon, sino una profunda tristeza... y una gran pena tambien... la de dejar de existir sin volver á veros y estrecharos contra mi corazon por última vez... »

Aquí llegaba de su carta, cuando sintió pasar sobre su cabeza un soplo ligero y oyó un gemido ahogado: se volvió vivamente y se encontró cara á cara con Hortensia que detrás de él, estaba leyendo por encima del hombro, las líneas de su carta, segun las iba escribiendo.

Se habia cumplido la prediccion del dominó negro.

### XXXVIII

#### EL TESTAMENTO DE MUERTE.

El doctor Toinon, que continuaba siendo un viejo coqueton y verde, se hallaba alojado como una elegante señorita.

Nada habia mas lindo que su pequeño salon adornado con muebles de palo de rosa, con embutidos y con laca.

Las rinconeras y las mesas estaban llenas de mil juguetes y monadas, habia en la chimenea figuritas de Pradier, y en las paredes, colgados muchos cuadros á la aguada, representando objetos mas que risueños.

Semejantes adornos hacian creer á primera vista que se hallaba uno en algun sitio sospechoso, y no se admiraba al oír erugir los vestidos de seda detrás de las mamparas chinescas del salon.

Al doctor Toinon le gustaban las mujeres, y las mujeres gustaban de él.

Por el momento, sin embargo, en el gabinete del elegante doctor, que era un verdadero retrete de señora, se trataba de cuestiones muy graves.

El padrino que habia elegido Fritz en los primeros momentos, se habia negado á concurrir al duelo en vista de las desusadas condiciones del conde de Puysaie, de modo que el coronel habia tenido que recurrir al buen doctor.

Por eso se hallaban reunidos en su gabinete, Fritz y M. José de la Cruz.

Este último acababa de dar cuenta con toda claridad de las intenciones, — por no decir voluntades, — del conde de Puysaie, es decir, duelo á pistola á diez pasos de distancia, y continuar haciéndose fuego hasta que cayese uno de los combatientes.

Nadie era menos belicoso, como de ello hemos suministrado las pruebas, en el curso de nuestra historia, que este pobre doctor Toinon.

Aun cuando no se hallase directamente interesado en el negocio, le temblaban las carnes solo á la idea de pensar en tener que presenciar semejante combate.

Así trató de excusarse tímidamente, pero el coronel Fritz lo contuvo desde las primeras palabras diciéndole:

— No, doctor, las condiciones de mi adversario yo las hago mias aun cuando propusiese batirnos con una sola pistola y á boca de jarro.

Al oír este modo de expresarse, M. José le echó una mirada casi simpática.

— A lo menos, pensó entre sí, este es valiente.

— Entonces, dijo en alta voz, ¿aceptais la pistola y las condiciones que estoy encargado de transmitir?

— Las acepto, dijo gravemente el coronel.

— ¿Qué sitio?

— El que gusteis.

— ¿Qué hora?

— La que os agrade.

— Entonces, Meudon, á las seis de la mañana.

— Allí estaremos.

Terminada la mision de M. José, los tres se saludaron friamente, pero con esmerada urbanidad, y José se retiró.

Toinon, que hasta aquel momento no habia representado en esta entrevista sino un papel insignificante, luego que hubo marchado M. José y se encontró solo con el coronel, no pudo contenerse mas y estalló.

Mientras estuvo allí el vizconde de la Cruz no se atrevió

á chistar, porque sabia que aquel era demasiado honrado y le causaba miedo.

— Vamos á ver... ¿estás loco? exclamó: te estás conduciendo como un calavera, como una cabeza sin seso.

— Tienes razon, Toinon, cabeza sin seso es la verdadera palabra, porque tengo el presentimiento que no volveré de allí con vida.

— Entonces, ¿para qué vas allá? dijo Toinon.

— Porque es indispensable.

— ¡Ah! ¡diantre! exclamó el doctor cuya voz de flautin encontró esta vez un tono casi patético, no, nunca llegarás á convencerte de que es indispensable que un mozo honrado, lleno de juventud y de vida, y querido de las damas, tenga necesariamente que ir á que le metan en la mollera veinte y cinco gramos de plomo.

— Si yo no fuera, quedaria deshonrado.

— ¡Bah! ¡bah!... exclamó el doctor; tonterías son esas... necias preocupaciones... ¡qué diablo! los niños aprenden en las escuelas que el duelo es una cosa inmoral... que el duelo...

Y preparándose para pronunciar un discurso sobre la inmoralidad del duelo, el buen doctor se mecía en su sillón, y se retorcia sus bigotitos siempre negros. — Si se hubiese de matar á todos los maridos burlados por sus mujeres, ó si hubiese de dejarse uno matar por ellos, querido mio, habria mucho que hacer en este mundo. — Ese caballero es un hombre ridiculo, — en el siglo diez y nueve, y cuando estamos en pleno progreso, no se toman, ni deben tomarse las cosas tan á pecho. ¿Por qué no vendria mañana el tal señor á pedirte que le dieras tu corazon para hacérselo comer en empanada á su Gabriela de Vergy?

— Dejémonos de bromas, dijo secamente el coronel, yo debo batirme y me haré.

— Y tú lo matarás, ó él te matará á tí, ¿no es eso?

— En los términos y condiciones con que el combate debe verificarse, veo muy difícil que pueda suceder de otra manera.

— Y en medio de toda esta historia, dijo Toinon exasperado, tú no te acuerdas ni un solo momento de mí... ni en la posicion comprometida en que me pones. ¡Qué diablo! yo no soy un espadachin... tengo una posicion que conservar y una clientela que no puedo comprometer... sin contar con que los tribunales...

¡Ah! solo el pensar en ello me da frio en la espalda, y yo no sé verdaderamente si á pesar de mis deseos de serte útil deberia permitir...

— Yo no te pido ningun permiso, replicó Fritz con despeg... necesito un padrino, y tú lo serás... Ya sabes bien, querido, que no puedes rehusarme nada, ni á mí, ni tampoco á M. Gigant.

Él es, y él solo, quien ha montado toda esta trama. Yo arriesgo mi pellejo, pues justo es que, vosotros mis dignos sócios, arriesguéis el pago de los trebejos rotos. Si el negocio llega á tener que ir ante los tribunales, tanto mejor...

Tal vez, el juez de instruccion será mas hábil que yo, y llegará á desenredar la madeja y descubrir los hilos de esta

trama de la que yo he sido cómplice en un principio, para llegar á ser despues la primera víctima.

Así, pues, dejémonos de lamentaciones... acuéstate y trata de dormir si tienes sueño, que yo te despertaré cuando llegue la hora.

El doctor Toinon no era el valor personificado, y bastaba solo hablarle gordo y firme, para hacerle ceder.

Así fué que despues de balbucear tímidamente algunas palabras, á las que el coronel no respondió sino frunciendo las cejas, se retiró á su dormitorio.

Tan luego como Fritz se halló solo, se acercó á un escritorio de laca, un lindo bufete muy propio para escribir cartas amorosas; sacó de uno de sus cajoncitos algunas hojas de papel perfumado y elegante, con las iniciales en cifra del doctor, y se puso á escribir lo siguiente:

« Señor conde,

» Mi resolucion está tomada: aun tengo sobre mis labios y sobre mi corazon el único beso que mi hija me haya dado, y este beso lo debo á vuestra generosidad.

» Cuando leais esta carta ya habré muerto.

» Vos sois un hombre honrado... y por legitimo y justo que sea vuestro rencor, no debe ir mas allá de la tumba. Por eso es á vos, á vos, mi adversario, á quien he ofendido tan cruelmente como un hombre puede hacerlo á otro, á quien nombro por mi testamentario y albacea.

» Encontrareis adjuntas en este sobre dos cartas; hacédlas entregar á quien van dirigidas; este es el último ruego del amigo indigno que va á pagar su traicion con su sangre.

» Coronel FRITZ. »

Las otras dos cartas estaban concebidas de este modo:

« Liliás, querida hija mia, tú eres la que, sin saberlo, has pronunciado mi sentencia de muerte. La vida se me ha hecho insoportable desde aquel dia en que, sin conocerme, has manifestado inocentemente la aversion que yo te inspiraba. Tenias razon, alma querida... tu instinto te decia que yo era el último de los hombres, é indigno de ser tu padre.

» Hija mia, las gentes honradas y dichosas dejan á su posteridad una herencia inestimable, un recuerdo de lealtad, un nombre honrado, una fortuna legitimamente adquirida; mientras que yo no te dejo sino la miseria y el oprobio de tenerme por tu padre.

» Pero al mismo tiempo te lego tambien un deber.

» El de borrar con tu linda mano blanca estas manchas y el de curar estas llagas.

» He hecho bien desgraciada á tu pobre madre, y no sé si llegará á tener algun dia consuelo. Para eso cuento contigo.

» Sea el que quiera el sacrificio que te impongan, sean cuales fueren las amarguras que tengas que sufrir, acéptalas todas sin quejarte, con resignacion, en memoria mia, por mí que, en este momento y por la primera vez de mi vida, siento que soy casi bueno.



» ¡Oh! querida hija mía, á la que no he estrechado en mis brazos sino durante unos instantes, el deber que te impongo es bien austero: en tí es en quien soy verdaderamente castigado.

» ¡Ay! ¿no es la misión de los ángeles la de reparar los crímenes de los demonios?...

» Hortensia, yo no sé si llegareis á perdonarme algún día, pero hasta los últimos momentos quiero conservar la ilusión de creerlo.

» Sin duda alguna conservais de mí un recuerdo bien cruel. He sido respecto á vos un infame. Ha sido por cálculo y no por amor que yo os he perseguido y perdido.

» Pero tarde ó temprano, el amor se venga.

» Cuando yo me mostraba tan implacable con vos, era porque padecía, era porque os amaba. No trato de disculparme, sé que no tengo disculpa; no hago más que explicar mi conducta.

» Cuando leais estas líneas, trazadas con toda la amargura de mi corazón, la explicación será completa. Ya no quedará entonces del coronel Fritz más que un cuerpo frío é inerte, traspasado por una bala.

» No me atrevo á pedir un sentimiento de dolor. Concededme siquiera un recuerdo; y cuando por la noche roguéis por los culpables y por los desgraciados, no me excluáis de vuestras oraciones.»

Luego que acabó de escribir estas cartas, se sintió más sereno y más resuelto; las estrechó contra su corazón, y en seguida miró el reloj.

La aguja señalaba las cinco de la mañana.

## XXXIX

## LA ÚLTIMA ENTREVISTA.

El conde se levantó como movido por un resorte.

Sintió un trastorno y conmoción general en todo su ser, y su rostro, encendido en los primeros momentos, se puso pálido en seguida.

— ¡Sois vos! dijo con una voz tan baja é imperceptible que Hortensia más bien adivinó que no oyó estas palabras.

Sostenía en su interior un singular combate.

Al ver á Hortensia, volvieron á revivir todos sus odios y rencores, prontos á escaparse de sus labios, mientras que al mismo tiempo sentía en el fondo de su corazón una mezcla confusa de lástima y enternecimiento.

Madama de Puysaie, semejante al culpable que va á oír la sentencia que merece y aguarda como una víctima resignada que descargue sobre ella el golpe que ha de hierla,

permanecía muda, con la cabeza inclinada y los brazos caídos.

La lástima y el enternecimiento salieron vencedores en la lucha que el conde sostenía en su alma.

Abrió sus brazos, y la pobre mujer se arrojó en ellos sollozando.

Rodeó con los suyos el cuello de su marido y apoyó sobre sus hombros el rostro, mientras que este, besando su frente enrojecida y sus cabellos rubios, la decía:

— ¡Ah! ¡loca, loca y cruel!

Pero esto no era una reconvencción, era más bien una queja.

Ella lo comprendió así, porque sus abrazos eran cada vez más estrechos y afectuosos, como si quisiese retenerlo siempre entre sus brazos.

El conde, desprendiéndose de ellos suavemente, le dijo:

— Ni puedo ni quiero haceros reconvencciones en este momento, Hortensia; menos aun volver á recordar dolorosos sucesos; ¿por qué hemos de hacer amargas las últimas horas que tal vez hayamos de pasar juntos?

— Entonces ¿es verdad?... ¿ese duelo?...

— Ese duelo es indispensable, y vos lo sabéis tan bien como yo mismo. Ese hombre y yo no podemos vivir al mismo tiempo.

— ¡Oh! eso es horroroso, exclamó la condesa cubriéndose el rostro con las manos.

— ¿Qué importa que yo muera? dijo el conde. Para mí ya no habrá en el mundo más que una alegría, la de probaros, con mi perdón, cuánto era lo que os amaba.

— Pero yo no quiero que murais, exclamó ella abrazándole de nuevo; no, no quiero que tú mueras.

Ese duelo es un crimen; ¿qué va á ser de mí, ni cómo podré soportar el peso de ese remordimiento que me impones? Dices que me perdonas, y me haces sufrir la más cruel de las venganzas.

El conde, al hallarse cara á cara con su mujer, había previsto que tendría que sostener esta lucha; pero armándose con la fuerza de la irrevocable resolución que había tomado, la dijo:

— Vos no tenéis nada que ver en esto: si yo muero, Hortensia, no os creáis responsable de mi muerte.

No es contra vuestro amante con quien yo me bato; es contra el amigo íntimo que me ha vendido.

Ella trató de insistir, pero él le dijo con dulzura, aunque con firmeza:

— No hablemos más de eso.

Y tomándola por la mano, la hizo sentarse á su lado en un confidente.

— Se nos perdonará mucho porque hemos sufrido mucho y porque en definitiva vuestras faltas han sido más bien el resultado de las fatales circunstancias en que nos hemos hallado, que de una voluntad preconcebida de obrar mal.

Nosotros nos hemos perdonado mutuamente: esperemos que Dios, cuya clemencia es infinita, también nos perdonará.

Hortensia, yo he sacrificado á nuestra hija Cipriana á mi

ambición y á mi fortuna. Lo deploro con toda mi alma, y deseo por cuantos medios estén á mi alcance, reparar esta falta.

Después he adoptado á Liliás, y aunque esta adopción haya sido conseguida por medio de una sorpresa, la vuelvo á consagrar hoy de nuevo ante vos.

Si muero, Hortensia, os dejo dos hijas que tienen ambas derecho á vuestro afecto, pero no á una parte igual en mi herencia.

Vos seréis el solo juez y el árbitro de lo que debais dar á cada una de ellas.

Después de vuestra inesperada partida, confieso que me dejé arrastrar por un movimiento de cólera, y sin retirarlo, sin embargo, del despacho del notario, he revocado mi primer testamento y hecho nuevas disposiciones.

Hablando así, abrió un cajón de su escritorio, sacó un gran pliego cerrado y sellado, y lo arrojó á la lumbre.

— Este era, dijo, mi segundo testamento; ya queda destruido. Hareis ejecutar mis primeras voluntades, y para ello os nombro mi legataria universal.

Esta prueba de confianza del conde conmovió á Hortensia, haciéndole derramar copiosas lágrimas. Entonces comprendió que se hallaba enteramente perdonada.

El conde volvió á sentarse á su lado y estrechó sus manos frías y heladas como el mármol entre las suyas, y le dijo:

— No lloreis, Hortensia; habríamos podido ser dichosos, y hemos pasado nuestra vida haciéndonos desgraciados; ¿cómo ha de ser! Pensemos en la felicidad de los otros que hemos comprometido; pensemos en la de Cipriana sobre todo.

— ¿Teníais — y esta idea me ha pasado muchas veces por la imaginación — teníais alguna otra razón más seria que la de la repugnancia que el barón le inspiraba, para oponeros tan enérgicamente como lo habeis hecho á que se llevase á efecto ese desgraciado casamiento?

Hortensia bajó los ojos y no respondió nada.

— Yo he pasado mi vida siendo un mal padre de familia, continuó Loredano; no me quedan ya más que unas pocas horas para ocuparme de la dicha de los míos; pues, por favor, no las perdamos en vacilaciones estériles. Respondedme franca y categóricamente así como yo os pregunto.

Madama de Puysaie inclinó de nuevo la cabeza y respondió:

— Sí.

— ¿Amaba á alguno Cipriana?

— Sí, volvió á responder madama de Puysaie.

— Y vos lo sabíais y os consumíais haciendo esfuerzos vanos para combatir mi voluntad, en lugar de decírmelo.

— Es que aborrecíais á la pobre niña, y aun cuando hubieseis sabido su amor, vuestra resolución no habría cambiado.

— Tal vez, respondió Loredano con aire pensativo. Pero no se trata de eso, puesto que el mal está hecho. La salud del barón está completamente arruinada, y es posible que sucumba en una próxima crisis; entonces quiero que Ci-

priana sea dichosa. ¿Sabéis el nombre de la persona á quien ella ama?

— Conozco esa persona. Es el más cumplido caballero y el corazón más noble y generoso de cuantos yo conozco.

— ¿Cómo se llama?

— El vizconde M. José de la Cruz.

Loredano se acordó entonces de la medio confidencia que su nuevo amigo le había hecho por la mañana, y se sonrió.

— La elección es excelente, dijo, y la apruebo con tanto más motivo cuanto que creo que también M. José ama á Cipriana. Así, queda convenido, Hortensia, entrego toda mi autoridad en vuestras manos, y acordaos bien que mi más ardiente voluntad es la de que llegue algún día á efectuarse esa unión.

Ahora, ocupémonos de vos...

— ¡Oh! yo, dijo Hortensia alzando los ojos al cielo, la vida se acabó para mí; sí, se acabó.

— No, replicó Loredano en tono de afectuosa reconvencción, puesto que sois madre...

Los primeros albores de la mañana empezaban á pasar á través de las cortinas entreabiertas.

Las cinco dieron en el reloj de la chimenea, y al mismo tiempo se oyó dar tres golpecitos discretos en la puerta del cuarto.

El conde se levantó vivamente, así como la condesa.

— El tiempo huye, dijo... la hora ha llegado. A Dios, Hortensia, adiós, querida esposa mía, y por última vez perdoname así como yo te perdono.

Ella no pudo encontrar ni una sola palabra para detenerle; sentía una cosa que le destrozaba el corazón y le impedía hasta el derramar lágrimas.

Loredano se fué con paso firme á abrir la puerta é hizo entrar al vizconde de la Cruz.

— El coche está esperando abajo, dijo este último; en él se halla todo lo necesario; solo que como el padrino de nuestro adversario es médico, he creído que era inútil traer á otro ninguno.

— Bien inútil, en efecto, dijo Loredano con aire sombrío.

En este momento solo fué cuando don José echó de ver que la condesa de Puysaie se hallaba en el cuarto, y temiendo haber hablado demasiado, se mordió los labios.

El conde lo notó y le dijo:

— Podéis hablar con toda libertad, la señora sabe todo.

Y tomando en seguida su resolución definitiva, separó con la mano á la condesa, que se precipitaba hácia él para retenerlo, y exclamó:

— Vamos, ya estoy pronto.

— ¿Partís de esa manera?... sin abrazar á vuestra hija... dijo Hortensia.

— Tenéis razón... no quería incomodarla, pero me parece que este beso... el último quizás... me ha de hacer mucho bien.

Madama de Puysaie se precipitó hácia una puerta interior y volvió inmediatamente trayendo por la mano á Cipriana.



Conmovido el conde esta vez hasta el extremo, estrechó convulsivamente contra su pecho á su hija querida, que se deshacía en llanto.

Volviéndose despues hácia su mujer, con tono dule y clemente sonrisa, le dijo :

— Tengo dos hijas, señora, y no he abrazado mas que á una; abrazad vos á la otra de mi parte.

## XL

## MEMENTO QUIA PULVIS ES.

El coche habia partido ya con un ruido sordo, y la puerta cochera habia vuelto á cerrarse, y Cipriana y madama de Puysaie permanecian todavia como estáticas y absorbidas por aquellos ruidos que habian resonado en lo mas profundo de sus corazones y hecho vibrar todas las fibras de sus almas.

Arrojáronse en los brazos la una de la otra, y en medio de aquella efusion, la pobre mujer que se sentia culpable de la inmensa desgracia que ocurría y en la que tal vez iba á hallarse envuelta Cipriana, volvió á encontrar la fuente de sus lágrimas.

En seguida se trasladaron al cuarto de la baronesa de Matifay, y tristes, silenciosas, sentadas una en frente de otra pero sin atreverse á mirarse cara á cara por temor de prorrumpir en sollozos desesperados, se prepararon á pasar aquella terrible velada, á la que debia poner fin el anuncio de la muerte de un hombre.

Al lado, en un cuartito adornado con colgaduras blancas y de color de rosa, y envuelta entre las colgaduras de muselina de su lecho como en una vaporosa nube, estaba durmiendo Liliás, bien agena de pensar que en aquel dia iba á quedar huérfana.

Madama de Puysaie estuvo contemplando largo rato aquel sueño puro é inocente.

Cipriana habia acompañado á su madre, é inclinadas las dos á cada lado de la cabecera del lecho, parecian los ángeles guardianes del sueño de la niña.

Madama de Puysaie la miraba tristemente, y en aquellas miradas parecia como que le decia :

— Llegará un dia en que tú tambien tendrás que pasar por rudas pruebas, en que sufrirás como yo he sufrido; entonces ven á mí : Yo soy la Resignacion.

Y Cipriana, cuyos ojos, á pesar de las lágrimas de que estaban inundados, habian conservado cierto reflejo de la sonrisa con que antes estaban animados, semejante á un rayo de luz interceptado por la lluvia, parecia decirle por su parte :

— No hay tristeza que no sea seguida por una alegría; no

hay dolor que no tenga consuelo; invócame cuando tu corazon se halle destrozado : Yo soy la Esperanza.

Las dos mujeres, y podria decir las dos madres de Liliás, se habian puesto de acuerdo tácitamente y asociado para hacer mas llevaderas las futuras aflicciones de la pobre criatura.

Era menester que sus padecimientos no fuesen estériles, y que Liliás fuese dichosa, en cambio de todo lo que ellas habian sufrido por su causa.

La niña abrió sus grandes ojos azules y se sonrió al ver á su «madrecita», y despues se volvió con aire asombrado hácia aquella señora enlutada que apenas conocia, y á la que Cipriana llamaba su madre.

Ya era de dia claro.

Liliás se estiró indolentemente, y frotándose los ojos, aun cargados de sueño, con sus manecitas sonrosadas, preguntó :

— ¿Es muy tarde?

— Es menester levantarse, Liliás, le respondió Cipriana dulcemente : hoy es el miércoles de Ceniza.

Las dos mujeres empezaron á ocuparse del vestido de la niña; pero su traje, tan alegre y elegante de ordinario, aquel dia fué muy sério y grave.

Porque en efecto, aquel dia, en aquella misma mañana, cualquiera que fuese el resultado del combate, ¿no debia perder un padre? ¿su padre natural y verdadero, ó su padre adoptivo?

Y ¿cuál de estos dos padres seria el que, al morir, la dejaria mas huérfana?

Por fuera habia una niebla espesa que envolvia todos los objetos en un manto de tristeza.

Las calles estaban desiertas.

De vez en cuando se veía alguna que otra máscara rezagada; á uno representando la locura haciendo sonar sus casacaes con un sonido lúgubre, ó algun otro imitando un descargador de barcos, dando diente con diente, y envuelto en una manta.

Las dos mujeres y la niña atravesaron á pié los Campos Eliseos, y subieron por la calle de la Magdalena.

La iglesia, que acababa de abrirse, estaba casi desierta, y un sacerdote celebraba el santo sacrificio de la misa, al que asistian una docena de personas, en uno de los altares laterales del templo.

Madama de Puysaie, Cipriana y Liliás se fueron á colocar en uno de los ángulos mas oscuros de la capilla.

— Escucha, Liliás, dijo Cipriana al oido de la niña. Es menester rezar hoy mucho.

Y la señora vestida de negro añadió :

— Y pedir á Dios por los que están en peligro de muerte.

En la iglesia reinaba el mayor silencio, y no se oia mas que el místico murmullo del oficiante.

Las pálidas luces de las velas oscilaban como si fuesen á extinguirse. Los ornamentos negros del altar y la casulla enlutada del sacerdote, parecia todo premeditado para producir y mantener una espantosa ilusion.

Se habria dicho que se celebraba una misa de *Requiem*.

Luego que se acabó la misa, el celebrante, que era un anciano de fisonomía ascética, una imágen viva de la austeridad cristiana y del despego de las cosas del mundo, tomando entre sus dedos la ceniza consagrada, trazaba con ella la señal emblemática de la cruz sobre la frente de los fieles arrodillados delante de la balaustrada del altar, diciéndoles al mismo tiempo el terrible *Memento homo quia pulvis es et in pulverem reverteris*.

— ¡Oh! si, polvo, y nada mas que polvo grosero, murmuró despacito madama de Puysaie, pensando en aquellos dos hombres que llenos ayer de vida, jóvenes, robustos, se hallaban tal vez en este momento tendidos por tierra y sin vida.

Aun cuando Liliás estaba ignorante y no podia comprender el peligro que corrian aquellos dos hombres á quienes su deber le imponia el amarlos, la solemnidad lúgubre de la ceremonia y el tono con que acababan de decirle : « Es menester rogar por los que están en peligro de muerte », así como la media oscuridad que reinaba en la iglesia vacía, y el grave recitado del sacerdote, todas estas cosas la impresionaron vivamente, á pesar suyo, y se sintió sobrecogida de un respeto que se asemejaba al terror.

Así las tres mujeres oraban con una ferviente devocion y con una confianza sin limites en los juicios y en la misericordia de Dios.

En aquella misma hora otra oracion no menos ardiente y sincera se dirigia al cielo :

La de la condesa de Monte-Cristo.

Pero esta no era una oracion de tristeza; era un himno de accion de gracias.

Elena habia vuelto á encontrar á su hija. ¡La Pippione era su hija!

¿Qué le quedaba ya que pedir ahora? Nada. Aquella dicha inmensa recompensaba con exceso todas sus penas y tribulaciones pasadas.

De buena gana habria abandonado los proyectos de venganza que, en un momento de exasperacion, se habia propuesto proseguir.

¿Qué le importaba ya que hubiese en el mundo viboras venenosas, hombres perversos? Ella se habia elevado á una altura á donde no podian alcanzarla los gritos de una impotente rabia. Como María triunfando de la serpiente, ella podia marchar con los piés desnudos sobre las viboras, sin temor de ser mordida por ellas.

Matifay, Gigant, Toimon, ¿qué eran para ella estos tres miserables?

¿Por qué no los dejaria podrirse en su propio fango, y emponzoñarse con su propio veneno?

Ya les llegaria su hora; ¿para qué adelantársela? Habian sido señalados en su frente con el dedo del ángel exterminador, como las casas de los egipcios malditos. ¿Para qué hacerse el ejecutor de la justicia del cielo?

¡Su hija!

¿Qué mágico poder deben contener estas dos palabras para hacer vibrar todas las fibras de aquel corazon inerte? ¿Qué talisman de amor habia podido trasformar en un dia,

en una hora, en un momento, aquella alma muerta y petrificada, en un alma viva; hacer brillar como luceros aquellos ojos inertes, volver el colorido á sus mejillas pálidas, y hacer revivir la esperanza en un alma que la habia perdido?

¡Su hija!

Elena no se cansaba de repetir estas palabras que habian resonado tantas veces en el fondo de su corazon, durante sus angustiosas soledades. Estas palabras eran, en otro tiempo, la mas amarga de sus quejas; y hoy, elevando sus manos al cielo, eran un cántico de gracias mezclado con las dulces lágrimas de agradecimiento.

*Memento quia pulvis es.*

¡Pobre mujer! Las dolorosas pruebas que habia sufrido no le habian enseñado nada. Habia olvidado que toda alegría tiene por contrapeso una desgracia, y que toda luz hace sombra.

Empeñada en perseguir con encarnizamiento ese fantasma que se llama la dicha, creia haberlo cogido al fin, y que ya no se le escaparia en adelante.

Lo creia en el instante mismo en que iba, tal vez, á desvanecerse en humo, y á no dejar entre sus brazos tendidos mas que el vacío.

Id, pobre madre, id á postraros al lado de Cipriana, de Hortensia y de Liliás. La alegría es tambien un orgullo, y aquel dia era dia de humildad.

Inclinad vuestra frente; haced que sea vuestro agradecimiento mas sumiso, y doblad vuestra cerviz á la cruz mística.

En medio de la embriaguez de dicha de que estais poseida, no olvideis las condiciones de la naturaleza humana de que estais revestida, y sois esclava; no deis solamente gracias al Señor, sino pedidle tambien que no retire su mano de vos.

¡Ay! las alegrías de este mundo se asemejan á esos frutos malditos que se encuentran, segun dicen, en las orillas del lago Asfáltico. Manzana sonrosada por fuera, y ceniza por dentro.

*Et in pulverem reverteris.*

## XLI

## EL DUELO.

El alba empezaba á nacer.

Un alba pálida, parda, fria.

Dos coches subian lentamente la cuesta del bosque de Meudon llamada «el empedrado de Trivaux.»

Al llegar á la cumbre, los carruajes se pararon, y cuatro hombres saltaron á tierra. Eran Loredano y M. José de la Cruz, el coronel Fritz y el doctor Toimon.

Se mostraban serenos y frios, excepto el doctor Toimon,